

res han concebido al disponer la expedición.

—Yo mismo iré en persona,—añadió,—en cuanto pueda á esas montañas y buscaré el sitio más apropiado para que podamos explotar las minas y defendernos de las invasiones de los indios si acaso nos acometen.

Capítulo LV.

Un cambio de personas.

El tiempo era á propósito para viajar por mar, y el almirante dispuso que de las embarcaciones que tenía regresaran nueve á España, al mando de Antonio de Torres.

Los enfermos de más gravedad debían acompañarle, y no eran pocos los que querían realizar el deseo de volver á la patria.

Entre ellos estaba Américo Vespucio.

Uno, sin embargo, de los designados por Colon quería á toda costa quedarse allí.

Era el fingido escudero, Isabel Monteagudo.

Colon le habia llamado y le habia dicho:

—He recibido noticias que confirman las vuestras. Alonso Velez ha sido un traidor, y casi es seguro

que los desastres que nos han ocurrido han sido por culpa suya. Buscarle, aprisionarle y enviarle á la Península es un deber en mí, pero no puedo consentir que permanezcáis aquí más tiempo, podría identificarse vuestra persona.

Volved allí, que os recomendaré á los reyes para que con su proteccion alivien vuestras penas, y en cuanto á vuestro esposo, si se arrepiente y se enmienda, aún podreis hallarle en España, no para vengaros de él, sino para pedirle que os resarza de los males que os ha causado.

Isabel se obstinó en no partir.

Deseaba á toda costa formar parte de la expedicion que debia salir á apoderarse del territorio del Cibao, segura como estaba de descubrir á Alonso Velez y de castigar sus maldades.

Pero la orden de Colon fué terminante.

Isabel sabia que no podia resistir á su mandato, y sin embargo, resolvió quedarse.

Américo Vespucio, apenas supo que las embarcaciones iban á regresar á España, pidió al almirante licencia para volver en ellas.

El almirante no quiso desprenderse de él.

Era uno de los navegantes que más consideraciones le habian guardado.

La docilidad de su carácter, su tristeza y acaso, acaso el haber nacido en Italia, hacian que Colon le mirase con simpatía.

Le pidió primero que no le abandonase, mandándole despues que se quedase á formar parte de la colonia.

Isabel y Américo se encontraron.

—Los dos sufrimos, dijo Isabel á Américo, y sin embargo, vos cambiarias por la mia vuestra suerte y yo la mia por la vuestra.

—Vais á partir, ¿no es cierto?

—Así lo ha dispuesto el almirante, pero yo estoy resuelta á quedarme.

—¿Como vais á burlar su vigilancia, á desobedecer sus órdenes?

—Tengo un proyecto que puede hacernos felices á los dos.

—Lo adivino, pero será imposible.

—No lo creais; el almirante ha dispuesto que todos los que han de volver á España se embarquen mañana á la noche á fin de darse á la vela al romper el alba.

Ocupad mi puesto.

—¿Y cómo?

—Fácilmente; el encargado de admitir á bordo á los que han de ir á España en la carabela *Santa Lucia*, que es á la que á mí me han destinado, es Marcos Caña, hombre avaro si los hay; yo tengo algunos pedazos de oro que he podido recojer en las exploraciones que he hecho y ocultar á los ojos de todos, y en cambio de ellos consentirá en la superchería que ha de proporcionaros la realizacion de nuestros deseos.

Repugnaba á Américo Vespucio aceptar aquella proposicion, pero estaba resuelto á jugar el todo por el todo, porque la ansiedad en que vivia léjos de Esperanza era superior al sentimiento del deber.

Todo se preparó para la salida de los buques.

Gorbalan y Antonio de Torres llevaban encargo de explicar á los reyes todo lo que habia sucedido.

Colon escribió una detallada reseña de las peripecias de su último viaje.

Envió en los buques todas las muestras de oro que habia hallado en las montañas y rios del Cibao, y expresó la seguridad de poder enviar pronto grandes cantidades de oro, preciosas especias y abundantes frutos del país.

Hizo asimismo una descripción de la belleza y abundancia de la isla, sus montañas, sus anchos y verdes prados, surcados por caudalosos rios, en una palabra, del espectáculo encantador que tenia continuamente á su vista.

Habló del mal estado de salud de los españoles para no atribuir á la falta de víveres buenos, y pidió por lo tanto que los reyes diesen las órdenes oportunas para que se le enviasen provisiones, medicinas, ropas y armas.

Pidió tambien caballos para los servicios de su colonia y para las expediciones militares que proyectaba.

Hacia ver la necesidad que tenia de buenos operarios para la explotacion de las minas y la purificacion y fundicion de los metales.

El resto de su carta estaba destinado á recomendar á algunos de los que volvian habiéndose distinguido en la expedicion.

Era uno de ellos Pedro Mur, hidalgo aragonés

del hábito de Santiago, y el otro Juan Aguado, persona en quien sembraba beneficios para recoger ingratitudes, como veremos á su tiempo.

En las embarcaciones que regresaban envió los caribes que habia aprisionado en la Guadalupe, y algunas de las mujeres y niños que en Boriquen habia librado del cautiverio de los caribes que no habian podido escaparse con Flor de Palma.

Recomendaba eficazmente que se les instruyera en el idioma y en la religion, seguro de que cuando volvieran á su patria referirian todas las bondades de que habian sido objeto, ganándose de este modo la corona de Castilla la bondad de aquellos indios.

Considerando Colon que cuanto mayor fuese el número de caníbales que enviase á España tanto mayor seria el número de almas encaminadas á la salvacion, propuso que se dieran á los comerciantes de la península á trueque de ganados que enviasen á la colonia.

Los comerciantes enviarian en buques las cabezas de ganado que quisieran, desembarcarian en la Isabela y allí estarian ya dispuestos indios cautivos para llevarlos á España.

De este modo se proveeria á la colonia de toda especie de aves y ganados sin coste alguno, se libreria á los isleños de sus feroces enemigos y se enriqueceria la Corona; puesto que á cada comprador de esclavos se le deberian imponer derechos en favor del Tesoro.

Principalmente queria Colon salvar del error á numerosas almas ofreciéndoles los consuelos de la fé.

Este triste pensamiento, que era una nueva forma de la esclavitud, se le ocurrió á Colon porque veia que el regreso de su escuadra no iba á realizar ni con mucho las esperanzas que se abrigaban en Castilla y queria que las personas reemplazasen en lo posible á la realidad.

Además, la conversion de los infieles era una máxima muy arraigada y muy popular en su tiempo, y como dice muy bien uno de sus escritores, al recomendar la esclavitud de los caribes, creia Colon obedecer los impulsos de su conviccion, cuando solo escuchaba las insinuaciones de su interés.

Bien es verdad que los reyes no aprobaron sus ideas y que Isabel, magnánima y bondadosa, dispuso que lo mismo los caribes que los habitantes de Haití fuesen convertidos á la fé, pero dejándolos en libertad.

Isabel Monteagudo habló con Márcos Caña, le deslumbró con el oro que habia atesorado, el patron accedió á sus deseos y Américo Vespuccio partió en lugar de Isabel.

La jóven se quedó en la colonia y permaneció oculta para que Colon no supiese lo que habia hecho hasta que fuera imposible su marcha de la isla.

La flota se dió á la vela el 2 de Febrero.

El padre Boil y el doctor Chanca enviaron tambien cartas que probaban lo que Colon decia en la suya.

En el momento de partir los navíos, la *Isabela* estaba ya casi concluida.

Rodeaba la ciudad un muro de piedra fabricado para defenderla de los ataques de los indios, medida que hasta cierto punto parecia inútil, puesto que los que al principio habian abandonado sus chozas no tardaron en volver, mostrándose muy amigos de los españoles y ofreciéndoles provisiones á cambio de los objetos que ningun valor tenian para los europeos y que los indios estimaban tanto.

El dia de los reyes de aquel año estaba ya la iglesia concluida, y el padre Boil y los doce eclesiásticos que le acompañaban celebraron misa con gran pompa y solemnidad.

Convenia no perder tiempo á Colon, y á pesar del mal estado de su salud, empezó á tomar medidas para la expedicion á las montañas del Cibao.

Pero un suceso inesperado lo paralizó todo, ofreciendo á su alma una de las penas más acerbias que hasta entonces habia experimentado.

El arcediano Fonseca se habia prometido hacer pagar muy caro á Colon la humillacion que le habia hecho sufrir.

Las semillas sembradas empezaban á fructificar en la española.